

MURIEL SPARK

# Muy lejos de Kensington

Traducción de *Maribel de Juan Guyatt*



LABESTIA  
EQUILÁTERA

Spark, Muriel  
Muy lejos de Kensington. - 1a ed. - Buenos Aires : La Bestia  
Equilátera, 2012.  
256 pp. ; 20x13 cm.

Traducido por: Maribel de Juan Guyatt  
ISBN 978-987-1739-31-8

1. Narrativa Inglesa. 2. Novela. I. De Juan Guyatt, Maribel,  
trad. II. Título  
CDD 823

Diseño de interior: Daniela Coduto  
Revisión de la traducción: LBE  
Corrección: Cecilia Espósito

Título original: *A Far Cry From Kensington*  
© Copyright Administration Limited, 1958  
© 2012 La Bestia Equilátera S.R.L.  
Aguilar 2023  
Buenos Aires, Argentina  
info@labestiaequilatera.com  
www.labestiaequilatera.com

ISBN 978-987-1739-31-8  
Hecho el depósito que indica la Ley 11.723

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,  
por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo  
del editor y/o autor.

## I

Tan grande era el ruido durante el día que yo acostumbraba permanecer despierta en la cama por la noche escuchando el silencio. Finalmente me dormía contenta, llena de esa ausencia de sonido, pero mientras estaba despierta disfrutaba la experiencia de la oscuridad, los pensamientos, la memoria, las dulces ilusiones. Oía el silencio. Fue en aquellos días cuando adquirí el hábito del insomnio. El insomnio no es malo en sí mismo. Es posible quedarse despierta en la cama por la noche y pensar; la calidad del insomnio depende enteramente de lo que decidas pensar. ¿Se puede decidir pensar? Sí, se puede. Uno puede concentrarse en cualquier cosa. Puede sentarse tranquilamente delante de un televisor apagado, mirando la nada simplemente, y antes o después puede hacerse su propio programa, mucho mejor que el producto masivo. Es divertido, deberían probarlo. Pueden poner a quien quieran en la pantalla, solo o acompañado, diciendo y haciendo lo que deseen, y meterse ustedes mismos en medio si así lo prefieren.

Por las noches me quedaba acostada en la cama, despierta, mirando la oscuridad, escuchando el silencio,

prefigurando el futuro, recuperando del pasado los fragmentos que no había tenido en cuenta, esos sucesos desestimados que ahora aparecían en primer plano, grandes e importantes, de tal modo que el peso del destino ya no recaía en los problemas actuales de mi vida, fueran los que fueran en ese momento (porque ¿quién vive sin problemas cada día?, ¿por qué desperdiciar las noches pensando en ellos?).

A menudo el escenario de mi vigilia está muy lejos de Kensington y de los primeros años cincuenta. Pero incluso ahora, cuando regreso a Londres, a Kensington, después de pagar el taxi y saludar a la gente que me espera allí, y de telefonar a los amigos y abrir el correo, por la noche me reencuentro con mis horas de dulce insomnio y sé que estoy muy lejos del Kensington del pasado, de aquella Old Brompton Road, aquella Brompton Road, aquel Brompton Oratory, muy lejos. Mis pensamientos nocturnos se detienen con frecuencia en los pensamientos nocturnos del pasado de la misma manera que mi vida cotidiana de entonces tiene cierta relación con lo que hago ahora.

Era el año 1954. Yo alquilaba un cuarto en una pensión de South Kensington. Hace unos años, me sobresalté cuando un amigo se refirió a “esa pensión cerca del subterráneo de South Kensington donde vivías”. Mily, la dueña, habría negado con gran indignación que la suya fuera una pensión, pero supongo que eso es lo que era.

Milly tenía sesenta años y era viuda. Ahora tiene más de noventa y sigue siendo la misma Milly de siempre.

La casa tenía una medianera y por el otro lado no la separaba de su vecina más de un metro. Había dieciocho casas a cada lado de la calle, todas de idéntico modelo. Las puertas de hierro forjado se abrían a un corto sendero, bordeado de arbustos de laurel moteado y con un pedazo de grava y unos macizos de flores a los lados, que conducía a la puerta principal, de doble hoja y con cristales esmerilados. Todos los inquilinos de Milly Sanders tenían llave de la puerta principal, que daba a un pequeño vestíbulo. La propia Milly ocupaba la planta baja. A la derecha, según se entraba, había un perchero con un espejo, unos ganchos y un paraguero; en una de sus superficies planas estaba colocado el teléfono. A la izquierda estaba la mejor habitación de Milly, que tenía una *bow window* y solo se usaba para las visitas. Enfrente estaba la escalera que llevaba a los descansos de los inquilinos y, a la izquierda de la escalera, un corto pasillo que conducía al cuarto de estar de Milly, la cocina, su dormitorio y el invernadero y el jardín trasero, que era bastante grande para una casa londinense. Estas casas habían sido construidas para familias de comerciantes en el siglo pasado.

En el primer piso había un cuarto de baño y habitaciones amuebladas alquiladas a dos inquilinos solteros y a un matrimonio. En el dormitorio-cuarto de estar principal, que también tenía una *bow window* y una cocinita contigua, vivía el matrimonio, Basil Carlin y su mujer, Eva,

ambos cercanos a los cuarenta y sin hijos. Eva trabajaba medio día como maestra en un jardín de infantes. Basil, según su propia definición, era contable de ingeniería. Los Carlin eran extraordinariamente silenciosos. Una vez que se encerraban en su habitación, jamás salía de allí un solo sonido, ni siquiera después de medianoche, cuando los ruidos naturales de la casa habían cesado por ese día.

Al lado de los Carlin había un dormitorio grande con vistas al jardín. Tenía un lavamanos y un hornito de gas con la acostumbrada caja de acero oscuro con ranuras para los peniques y los chelines. Allí vivía y trabajaba Wanda, la modista polaca cuya capacidad de sufrimiento rayaba en la rapacidad. Wanda Podolak tenía un corazón generoso aunque nunca admitía haber disfrutado de un instante de felicidad. Recibía muchas visitas; algunas eran clientas —sus señoras, las llamaba ella— que se probaban los vestidos parlotando con locuacidad, otras eran compatriotas amigos, aunque a algunos de ellos los calificaba de enemigos. La mayoría de sus visitantes venían desde las seis de la tarde en adelante; después de las horas de trabajo, las clientas tenían prioridad sobre los amigos y los enemigos, los cuales debían esperar en el descanso hasta que se acabaran las pruebas. Cuando Wanda recibía no dejaba de trabajar; el zumbido de su máquina de coser continuaba intermitentemente junto con las sonoras voces polacas de los hombres, el clamor de las mujeres y el entrecocar de platos y tazas mientras se servía el té. Las conversaciones polacas parecían aún

más ruidosas por ser ininteligibles para cualquiera que pasaba por delante de la puerta de Wanda.

Al fondo del primer descanso había una habitación más pequeña, que era la que ocupaba Kate Parker, una enfermera de veinticinco años, pequeña, morena, regordeta, con ojos negros y redondos, como de pájaro, y dientes blancos y brillantes. Era una *cockney*. Parecía emitir vibraciones de vigor y ciertamente era muy valerosa. Kate salía con frecuencia por las noches o estaba fuera por motivos de trabajo, pero las pocas noches que pasaba en casa se dedicaba a limpiar su cuarto. Era muy concienzuda y maniática respecto a sus limpiezas, en realidad, respecto a la limpieza doméstica de todos; cuando entraba en la habitación de otra persona, para beber una taza de té o tomarle la temperatura, muchas veces decía cortésmente: “Tienes la habitación muy bien, muy limpia”. Si no lo decía, eso significaba que tu habitación no estaba limpia. Kate detestaba los gérmenes, la obra del Diablo. Por eso, las tardes en que estaba en casa sacaba los muebles al descanso y fregaba el linóleo con desinfectante. También habría fregado los muebles con desinfectante si no hubiesen sido propiedad de la casera. Milly, aunque era muy paciente, se había opuesto a que su mesa, sus sillas y su cama fueran ni tan siquiera rozadas con un trapo impregnado en ese producto; ya estaba bien, decía, con que la casa oliera a hospital después de las enérgicas limpiezas de Kate. Le había dado a Kate una cera de lavanda para que limpiase con ella los muebles. Era imposible no

enterarse de que Kate estaba en casa por la tarde debido a los golpes, el arrastrar de muebles al descanso y el fuerte olor mezcla de lavanda y desinfectante. Kate juraba que cuando ahorrara y tuviera una casa propia, la amueblaría con madera lavable y pintada de blanco. Kate era muy estricta con sus ahorros y estaba orgullosa de serlo; los metía en una caja de ahorro del correo. En un armario de su cuarto guardaba una serie de cajitas con dinero, marcadas respectivamente “electricidad”, “gas”, “viáticos”, “almuerzos”, “teléfono” y “varios”. Kate se hacía la manicura muy cuidadosamente antes de irse a la cama, cuando terminaba de mover muebles y limpiar. Extendía la ropa que iba a ponerse al día siguiente con extremado esmero. A veces aceptaba una copa, un jerez o un whisky, antes de acostarse, pero siempre con un solemne suspiro, como dando a entender que en realidad no debería beber aquello, que podría llevarla a la ruina.

El piso de arriba era donde yo vivía, en una habitación abuhardillada con el techo inclinado. Habían instalado un hornito y una piletta; en un rincón había una ducha empotrada y en la parte más baja del techo, un armario bajo y profundo.

En este piso había un baño compartido y otras dos habitaciones, una ocupada por la joven Isobel, que tenía un teléfono propio en su cuarto para poder llamar a su papá a Sussex todas las tardes; únicamente con esta condición le había permitido venir a trabajar de secretaria en Londres. A veces Isobel se pasaba la tarde entera al teléfono, no solo

hablando con su padre, sino con sus numerosos conocidos, y su voz gorjeaba y cantaba a través de las delgadas paredes con las cadencias y los episodios de su vida cotidiana.

La otra habitación del ático, más pequeña aún, daba al jardín. Estaba ocupada por un estudiante de medicina, William Todd, cuya presencia se hacía sentir por medio de su radio, frecuentemente sintonizada en el programa de música clásica. Estudiaba mejor de ese modo, según afirmaba.

A veces yo daba una fiesta y supongo que esto proporcionaba testimonio de mi inquilinato. Aparte de eso, era bastante silenciosa cuando no salía por las tardes. Pero, generalmente, si estaba en casa bajaba a charlar con Milly. Incluso allí, en las habitaciones de Milly en la planta baja, había ruido con frecuencia, porque las reparaciones y pequeños arreglos de la casa tenía que hacerlos por la tarde un tal señor Twinny, que vivía unas cuantas casas más allá. La razón de que el señor Twinny viniera a martillar y raspar cuando terminaba la jornada laboral era que la economía de Milly no alcanzaba para contratistas y obreros profesionales. El señor Twinny empapelaba las paredes, con el papel extendido sobre una mesa de trabajo de caballete, mientras Milly preparaba la pasta de harina y agua y le llevaba la cola gelatinosa que él untaba sobre el papel. Otras veces estaba destapando un desagüe con mucho ruido de herramientas, mientras la televisión de Milly retumbaba y yo estaba sentada mirándola y tomando el té.

Milly, como todas las demás personas de la casa o de mi oficina, nunca me llamaba por mi nombre de pila. Aunque yo tenía veintiocho años, todo el mundo me llamaba señora Hawkins. Esto me parecía tan natural y evidentemente les salía tan natural a quienes me rodeaban que, en aquella época, nunca se me ocurrió insistir en que no lo hicieran. Yo era la señora Hawkins, viuda de guerra. Había algo en mí, la señora Hawkins, que invitaba a las confidencias. Yo tenía abundantes pruebas de eso y, precisamente, la impresión que daba era de abundancia. Era enorme, de musculatura fuerte, con un busto inmenso, caderas anchas, fornidas y largas piernas, el vientre abultado y el trasero gordo; soportaba un gran peso con mi metro sesenta y cinco de estatura y me encontraba sana. Naturalmente, era en parte este factor físico lo que predisponía a la gente a confiar en mí. Yo tenía un aspecto cómodo. En las fotografías de esa época se me ve con cara de luna, papada amplia y ojos soñolientos. Son fotos en blanco y negro. Si hubiesen sido en color habrían mostrado la calidad rubensiana de mi carne, ojos y piel. Y yo era la señora Hawkins. Más adelante, cuando decidí ser delgada, noté inmediatamente que la gente no me contaba tanto sus pensamientos, ni los hombres ni las mujeres. En un inciso, puedo asegurarles que si no les pasa nada malo excepto la gordura, es fácil adelgazar. Hay que comer y beber lo mismo que siempre, solo que la mitad. Si te ofrecen un plato de comida, dejas la mitad; si tienes que servirte, tomas la mitad. Pasado algún

tiempo, si eres perfeccionista, puedes consumir la mitad de la mitad. Respecto a la cuestión de la fuerza de voluntad, si eso es un factor, debes pensar en la fuerza de voluntad como algo que nunca existe en tiempo presente, sino solamente en el futuro y en el pasado. En un momento dado tienes que decidir hacer algo o abstenerse de hacerlo y al momento siguiente ya lo has hecho o te has abstenido; es la única forma de considerar la fuerza de voluntad. (Solamente bajo una tensión inhumana vive la fuerza de voluntad en tiempo presente, pero ese es un discurso diferente). Ofrezco gratis este consejo; está incluido en el precio del libro.

Sea como sea, en el año 1954 yo estaba cómoda con mi gordura y se me consideraba una “mujer maravillosa”, aunque nunca había hecho nada maravilloso. Me admiraban por mi volumen y por ese aire maternal. Una mujer joven, supongo que mayor que yo, se levantó un día en el autobús para dejarme el asiento. Decliné el ofrecimiento. Insistió. Comprendí que creía que yo estaba embarazada y acepté cortésmente. Gozaba de afecto universal. Era la señora Hawkins.

Entre las once y la medianoche la casa se iba quedando silenciosa y finalmente enmudecía. En algunas ocasiones, los de la casa de al lado, un joven chipriota que definía su ocupación como vendedor y su esposa inglesa y su cuñada, decidían salir al jardín para pelearse o, como

ellos decían cuando se disculpaban al día siguiente, tener una pequeña discusión. Estas duraban toda la noche, pero eran infrecuentes. Generalmente a medianoche se oía por última vez la cadena del baño —“Ese es Basil”, decía Milly— y la casa dormía.

Acostada en mi cama yo absorbía esa tranquilidad. El silencio era concreto, algo hermoso para mis oídos, más aún porque en mi oído interior escuchaba de nuevo los sonidos del día transcurrido. Ahora que habían callado, podía darles sentido. Por eso, uno de los pensamientos nocturnos de los muchos que recuerdo ahora comenzaba cuando despertaba para disfrutar verdaderamente y casi oír ese silencio con el que he empezado mi historia. Mi trabajo era el más ruidoso que he conocido y lo describiré a su debido tiempo. Diré ahora que el silencio al que despertaba me recordaba un silencio de mi infancia, cuando me encontraba visitando a unos parientes en África. Me habían llevado en coche desde Bulawayo hasta las cataratas Victoria. La naturaleza estaba inmóvil en medio del calor del día. En un momento determinado, al acercarnos a la exuberante selva del río Zambesi, cayó un silencio más profundo que me hizo comprender que el silencio anterior había sido ilusorio.

Milly había conocido a su marido, John Sanders, en su Cork natal a principios del siglo xx, cuando él estaba

destinado en la guarnición que había allí. La madre de Milly era viuda y tenía una tienda en la que vendía de todo, con dos mesas de mármol donde servían gaseosa de jengibre y limonada. John Sanders, un joven sargento, iba con frecuencia a comprar cigarrillos y a charlar. Un día invitó a Milly a un baile. Milly, detrás del mostrador, miró a su madre y esta asintió con la cabeza. El gesto significaba “Sí, puedes ir”, según me explicó Milly.

El talento narrativo de Milly era considerable. Una vez se lo dije; me miró tan desconcertada, tan dudosa de si yo hablaba en serio o estaba insinuando de algún modo que las historias no eran verdad, que nunca más volví a elogiar su estilo. Me limitaba a escucharla y a notar cómo daba vida a una escena por medio de un detalle descriptivo casual en el lugar adecuado y por medio de esa gráfica y oportuna colocación de las palabras en la que la mayoría de los irlandeses son maestros. No tenía nada de la labia irlandesa, nunca exageraba. Yo podía estar escuchando a Milly durante horas.

Cuando la conocí era una mujer muy linda de sesenta años, con un abundante cabello plateado y unas hermosas facciones. Creo que probablemente había sido una belleza, pero se avergonzaba cuando se le hacía algún cumplido respecto a su físico.

Su dormitorio no tenía calefacción, por lo que le gustaba desnudarse y prepararse para acostarse delante del fuego de su cuarto de estar, que era parte de la cocina separado por un tabique; pero para hacerlo apagaba antes

el televisor; por nada del mundo se habría desnudado delante de un actor, un presentador o uno de los sacerdotes que pronunciaban unas cuantas palabras reconfortantes al final del día.

Tampoco permitía que la vieran andando con un hombre. Ciertamente, se detenía en la calle para hablar con un vecino y acompañaba a un hombre conocido desde la puerta de la casa al coche, para luego decirle adiós con la mano. Pero no hubiera caminado por la vereda o cruzado la calle con él. Era viuda desde hacía diez años. Supongo que seguía alguna norma de su juventud.

Una vez, en el curso de una conversación, me di cuenta de que Milly, que había tenido tres hijos, estaba convencida de que no se podía concebir un hijo a menos que se experimentase un orgasmo, ella lo llamaba “esa sensación”. No se lo discutí. Ni siquiera saqué conclusiones respecto a su vida marital, y sobre la cuestión de si pensaba que, a la inversa, un orgasmo producía inevitablemente un hijo, guardé silencio.

Mi oficina estaba en una casa estilo reina Ana reformada, ahora derribada para dejar sitio a un bloque cuadrado cerca de St. James Street. Era la Ullswater and York Press, generalmente conocida como la Ullswater Press, una de esas editoriales pequeñas que habían sobrevivido por los pelos a las austeridades del tiempo de guerra, tales como el racionamiento de suministros de papel, la

escasez de imprentas y la falta de transporte para mandar los libros al extranjero; había podido ir tirando solo porque el público estaba ávido de libros, en especial de la clase de libros serios que publicaba la Ullswater Press. Entonces, como ahora, todos los trabajos en las editoriales estaban muy solicitados y, tal vez por eso mismo, mal pagos. Era aquí, en la primera planta, donde estaba situada la gran oficina general, donde se producía todo el ruido del día. Esta sala, que me imagino había sido en otro tiempo dos salones comunicados, albergaba un departamento editorial en un lado y una sección general de clasificación, correo y empaquetado en el otro. En medio había tres mesas de despacho y una hilera de armarios y era en esta parte donde se hacía el trabajo de mecanografía y archivo; a las dos chicas que se ocupaban de estas tareas se les unía a veces Cathy, la empleada administrativa, que se traía sus montones de facturas del despacho del contador, en el piso de arriba, cuando este deseaba estar solo o recibir a una visita privada.

En esos meses, los últimos de la firma Ullswater and York antes de que quebrase, el contador quería estar en privado a menudo. Cuando nos enviaba a Cathy especulábamos entre nosotros quién sería el visitante. Alguien ominoso. Cathy, que llevaba en la compañía mucho más tiempo que ninguno de nosotros, no decía nada. “¿Son los inspectores por fin, Cathy?”. No contestaba. Tenía una edad indeterminada entre los cincuenta y setenta y una cara fruncida y colorada, se estaba quedando calva,

tal vez porque se teñía con frecuencia, y llevaba unos anteojos con los cristales más gruesos que he visto nunca, ni antes ni después. Cathy inclinaba la cabeza sobre las facturas, con sus escasos mechones de pelo, rojizo y gris en las raíces y negro en las puntas, mascullando para sí hasta que le llevábamos una taza de té con una galleta en el platito; entonces nos miraba con una sonrisa de gratitud mucho mayor de lo que el caso requería. La voz de Cathy, cuando hablaba por encima del estrépito existente, era un crepitar de inglés defectuoso. Había estado en un campo de concentración alemán durante los años treinta y había logrado escapar.

El nombre de la firma, Ullswater and York, no tenía connotaciones geográficas. Había un señor Ullswater y un señor York, que eran socios. Otros dos directores y accionistas se habían unido a la firma posteriormente. El señor Ullswater, con mucho el más viejo de los socios, estaba ya casi retirado. Vivía en el campo y aparecía una vez al mes para asistir a un consejo de administración. Llevaba un sombrero hongo y un traje de *tweed*, y en invierno, un abrigo gris. Llegaba en un taxi, alto, canoso, de cara grande y afable, y subía las escaleras pausadamente. Pero siempre se marchaba con apuro, dirigiéndose lo más rápido posible a su club, que estaba a la vuelta de la esquina. Martin York era un hombre cuadrado, con la cara redonda y de unos cuarenta años.

Nunca llegué a cobrar mi sueldo de la última semana. Me deben siete libras, valuación de 1954. El ruido de

la oficina general podría muy bien deberse a un deseo inconsciente por nuestra parte de mantener alejados a los demonios, siguiendo la práctica de las tribus primitivas. Los demonios acabarían por llegar y Martin York iría a la cárcel por múltiples falsificaciones y otros tipos de fraudes, pero nosotros, los empleados, aunque sabíamos que la firma se tambaleaba, no preveíamos un futuro próximo tan drástico. Pensábamos únicamente que pronto tendríamos que buscarnos otro trabajo. Mientras tanto, seguíamos con el que teníamos.

La mecanógrafa se llamaba Ivy y era una chica alta recién salida de la escuela de secretariado. Mary, la archivera, tenía dieciséis años y venía directamente del colegio. El empaquetador y clasificador era un chico que se llamaba Patrick y yo era, como de costumbre, la señora Hawkins, chica para todo, correctora de pruebas, consejera literaria y secretaria suplente cuando las respectivas secretarías del señor Ullswater y del señor York se fueron para casarse y nunca las reemplazaron.